

## Una pieza de Alex Reynolds para un único espectador

A partir de "Te oímos beber", Barcelona Producción 2011

FREDERIC MONTORNÉS

*La creación de situaciones filmicas para contextos reales conlleva que la práctica de la performance active miedos atávicos, pregunte sobre nuestro contexto y nos deje, como usuarios, frente a un mar de dudas sobre la comunicación, la verdad, la narración o nuestra fragilidad. Frederic Montornés participa en "Te oímos beber" y cuenta, en primera persona, sus reacciones*

Un día recibí un email conteniendo información acerca de una exposición. El mensaje decía lo siguiente: "una pieza de Alex Reynolds para un único espectador". Más que una exposición, debía tratarse de una acción, una performance. Debo confesar que la idea de participar en algo que sólo se hiciera para un único espectador, me cautivó de inmediato. Pensé que cuando uno va a ver una exposición siempre se ve obligado a compartirla con los demás. Unas veces con conocidos, otras no. Participar en algo donde nada de esto sucediera y que, además, no podría comentar con nadie, me intrigó desde el principio.

Sin esperar ni un solo día –la posibilidad de quedarme fuera hizo que me apresurara- me anoté como candidato siguiendo las instrucciones que se me daban. Y una vez hecho, sólo cabía esperar.

Sabía que el artífice de esta obra producida por Barcelona Producción 2011 –es decir, La Capella-, era Alex Reynolds, una artista de la que hacía poco había podido experimentar otra de sus propuestas. Se trataba de una obra que, concebida para dos personas y a la manera de un audio guía, conseguía que al final del recorrido por el espacio de exposición, ambas se encontraran en un mismo punto después de haber vivido experiencias muy distintas. Pero esto era muy distinto. Ni el título de la propuesta, un críptico "Te oímos beber", me permitía adivinar que se escondía detrás de esta propuesta.

Me olvidé del tema hasta que al cabo de un mes recibí un email comunicándome que me habían seleccionado. También me preguntaban cual de los dos días que proponían me iba mejor así como también qué franja horaria. Este mensaje lo firmaba un tal Juan. Ni rastro ya de Alex.

A la posibilidad de acudir a un acto que sólo se hiciera para un único espectador, empecé a notar que se le iba sumando algo que, como el tiempo, a veces es muy difícil describir. Empecé a tomar conciencia de que aunque la pieza hubiera sido prevista para finales de mayo o principios de junio, en realidad había empezado el día en que respondí el primer email. Cada vez que pensaba en ello me invadía una extraña sensación. No sé, como si jugaran conmigo, como si les hubiera dado la llave para que hicieran conmigo lo que quisieran. Y ya no sólo Alex. También ese Juan al que todavía no le pongo cara. De modo que eran dos o más los que estaban al otro lado moviendo los hilos de algo que desconocía y que me atañía directamente.

Un mes después recibí otro email pidiéndome que confirmara día y hora. Respondí lo que se me pedía y al cabo de cinco días me escribieron de nuevo informándome dónde tenía que ir. También lo que tenía que hacer: seguir a Carmen en todo momento, durante aproximadamente una hora, el tiempo previsto de duración de la pieza. Me olvidé de Carmen. Un detalle que, por lo que supe después, era tan claro y preciso como imprescindible para el devenir de la pieza. Pero no lamenté mi torpeza. Es más, la introduje en la historia hasta el punto de permitir la entrada al personaje que se iba a comunicar conmigo. Vía sms y, como no, llamado Juan.

Llegué al lugar previsto con quince minutos de antelación. Y eso fue lo que sucedió: a través de un sms Juan me dice que regrese un poco más tarde puesto que hacerlo en aquel momento podría ser peligroso. Pensé: ¡Parece que no era poca la intriga y me administran otra dosis!. ¿Dónde me había metido?, ¿qué (me) iba a suceder? Sólo sabía que ya era tarde para echarme atrás. Debía seguir hasta el final. Pasara lo que pasara. Y otra cosa: intuí que, a partir de aquel momento, iba a ser observado. Verían lo que estaba haciendo sin que yo pudiera verlos. De modo que, a la vez que me habían invitado a participar en algo que se hacía sólo para mí, yo los convertía en los espectadores de la obra que Alex Reynolds (también) había concebido para un único actor.

A la hora acordada, me acerco al portal siguiendo instrucciones y llamo al piso que se me dice. Se abre la puerta, subo en ascensor y al llegar al piso veo que la puerta del piso está abierta. Entro, saludo, nadie responde y me dirijo hacia el final del piso mirándolo todo como si se tratara de una exposición. Buscaba algo que no iba a encontrar. Todo era normal, muy normal. Salvo una cosa: el cable del teléfono que había encima de la mesa salía de una puerta cerrada a cal y canto...

Sin nada que hacer, me senté en el sofá a la espera de que algo sucediera. Puse en marcha el tocadiscos para escuchar el vinilo que estaba puesto: creo que la banda sonora de Ciudadano Kane. No tardé en sacarlo. Y probé el otro de los dos discos que había: música de jazz. Aunque sabía que no lo iba a conseguir,

necesitaba sentirme como en casa o cuanto menos, en un lugar conocido. Por eso me apropié de aquel lugar haciendo lo único que podía hacer: decidiendo la música que quería escuchar.

Al reparar que me había dejado la puerta abierta, me levanté para cerrarla. Y al poco rato, oí que la puerta se abría y que alguien entraba. Lo primero que vi fue un impresionante perro negro seguido de una persona que, a juzgar por el asa, sospeché que era ciega. Una vez dentro del piso –su piso- se comportó como si en su interior no hubiera nadie. Como si yo fuera invisible... De nada sirvió que la saludara. Tras despojarse de lo que llevaba y dirigirse al baño, lo único que sentía era la mirada del perro sentado a mis pies. Estando todavía en el baño, sonó el teléfono. Ella salió del baño para responder. Un poco alterada por la extraña conversación que inició sobre un tal Juan, la ciega cambió la música siguiendo las instrucciones que le daban –no me cabía la menor duda: me estaban observando-, se hizo con un plano que halló en uno de los cajones de la cocina y después de cambiarse salió del apartamento en busca de no se sabe qué. Antes de salir, Carmen se aseguró de haber cogido un revólver... Y abandonó el piso dejándome dentro y sin saber que hacer.

Juan me tuvo que recordar vía sms que tenía que seguir a Carmen en todo momento. Bajé a la calle con el fin de unirme a ella y a su perro. Cruzamos juntos un par de calles cuando de pronto un taxi se paró y Carmen se montó en él. Al cabo de un rato –y, una vez más, la asistencia vía sms de Juan recordándome lo que tenía que hacer- me monté en el mismo taxi. Sin apenas darme cuenta abandonamos un barrio que, pese a no resultarme demasiado familiar, dejó de ser el escenario en el que hasta entonces todo transcurría. Ahora el escenario se ampliaba a la ciudad; también las posibilidades de cuánto pudiera suceder... Sentí que perdía el control de una situación que jamás controlé. Recordé que era el sujeto de una acción “hecha sólo para mí”. También de una acción representada por mí.

Sin previo aviso, el taxi se detuvo en una esquina. Por la puerta en la que yo estaba entró una invidente, amiga de Carmen, con la que inició una conversación que alcanzó tintes de melodrama al mencionar el nombre de un personaje que, sin apenas haber visto, ya empezaba a conocer: Juan. La conversación terminó cuando Carmen instigó a la otra ciega a bajarse del taxi para seguir con un propósito que yo desconocía por completo. El escenario cambió de nuevo y amplió su espacio más allá de los límites de la ciudad.

Salimos de Barcelona por la ronda litoral en dirección hacia un lugar en el que nunca había estado. Solo el recuerdo de lo que fue ese lugar, hizo que me preguntara de nuevo que estaba haciendo yo allí. En uno de los lugares más inhóspitos de la ciudad, cerca del muelle de carga del puerto y sin ningún ser humano a la vista, el taxi se detuvo indicándole a Carmen que había llegado al lugar indicado. Ella se bajó y yo tras ella. Y como dos pasmarotes nos quedamos Carmen y yo, uno junto al otro, esperando a que alguien o algo nos indicaran qué debíamos hacer. Esperábamos instrucciones. Como quien aparece de la nada, se acercó a nosotros un personaje del que, antes de hablar, ya empecé a dudar si era un actor o efectivamente un habitante de la zona. Sin cruzar apenas una palabra con nosotros empezó una suerte de monólogo alrededor de sus dotes de psicomorfológico, a saber, la ciencia –dijo- que estudia la psique a partir de la fisonomía. Para esa suerte de disertación a la que yo – confieso- le prestaba poca atención por temor a que Carmen me abandonara allí mismo, se sirvió de fotografías de periódicos y de una labia que ya quisieran para si más de un comisario de exposiciones. Absorto entre aquella perorata, el escenario en el que me hallaba bajo del puente de la ronda del litoral y la imagen de Carmen y su perro esperando no-se-sabe-qué, sonó el teléfono de Carmen. Al terminar la conversación, vi que se precipitaba hacia la vía del tren con el fin de cruzarla. Fue entonces cuando percibí que, al otro lado de la vía, esperaban tres personajes: uno dentro de un coche y dos fuera. Abandoné al psicomorfológico para adherirme a Carmen como una garrapata. Ya no podía olvidar que debía seguirla en todo momento.

Al reunirse con el grupo supe que uno de ellos (invidente también) era Juan y que entre los dos había existido algo que, a juzgar por el tono de sus voces, no creí que pudiera terminar bien. Y así fue. Tras un momento de reencuentro romántico tenido de telenovela, la cosa se encendió y antes de que el segundo invidente se uniera a la pareja, se oyeron unos disparos que terminaron con la vida de todos. No daba crédito a lo que acababa de presenciar. Una matanza de juguete en un lugar inhóspito. Y sin poder contárselo a nadie!. Y más solo que la una... hasta que, como quien no quiere la cosa, se levantaron del suelo, comentaron la jugada, se montaron en el coche y, tras prohibirme entrar en él, se marcharon montaña arriba dejándome solo debajo de aquel puente y sin saber cómo regresar.

Hice lo que cualquiera hubiera hecho: deshacer mis pasos. A mitad de recorrido, un coche frena junto a mi rodilla y su conductor, sumamente alterado, me insta a montar en él. En menos del tiempo que tardo en reaccionar, no alcanzo a adivinar la velocidad a la que vamos. Sólo sé que si hasta aquel momento podía haber dejado aquello en cualquier fase del proyecto, ahora ni tan siquiera me podía apea del coche. A menos que quisiera morir. A la misma velocidad que iba el coche, hablaba su conductor: el psicomorfológico otra vez. Que siguió y siguió con su perorata hasta alcanzar la parte trasera de las Atarazanas y, cortando de repente su discurso, me dice que me apee. A lo que no me puedo negar. De modo que le hago caso, bajo del coche y veo que se va.

Y allí me quedé yo hasta que al cabo de una media hora y sin que nada pasara, ni nadie me dijera nada o Juan me mandara un sms, pensé que quizás había llegado el momento de abandonar aquel lugar. Por mucho que me sintiera observado, aquello ya no era lo mismo. Ni el mismo teatro, ni el mismo cine. Era el transcurso normal de la vida. Y sus personajes, personas que pasaban junto mi y que quizá no entendían por qué los miraba de un modo especial. O qué hacía yo apoyado en el tronco de un árbol tan anónimo y perdido como aquel en el que me dejaron.

## A piece by Alex Reynolds for one sole spectator

About "Te oimos beber" (We hear you drink), Barcelona Produccio 2011

FREDERIC MONTORNES, A\*DESK, No84, 12/09/12

*The creation of filmic situations in real contexts leads to the practice of performance activating atavistic fears, raising questions about our context and leaving us, as users, faced with a sea of doubts about communication, truth, fiction and our own fragility. Frederic Montornes participates in "Te oimos beber"(We hear you drinking) and narrates, first hand, his reactions.*

One day I received an email with information about an exhibition. The message said the following: "a piece by Alex Reynolds for one sole spectator". More than an exhibition, it had to be some kind of action, a performance. I have to confess that the idea of participating in something that was being done for only one spectator captivated me immediately. I thought about how when you go to see an exhibition you are always obliged to share it with others. Sometimes with people you know, sometimes not. To participate in something where nothing like this would happen and which, what is more, I wouldn't be able to discuss with anybody, intrigued me from the beginning.

Without waiting even a single day -the mere chance of being left out made me hurry- I put myself down as a candidate following the given instructions. Having done so, I just had to wait.

I knew that the mastermind behind this piece produced by Barcelona Produccio 2011, ie La Capella, was Alex Reynolds, the artist, one of whose proposals I had been able to experience not so long ago. It was a piece, conceived for two people in the form of an audio guide, that led the two visitors at the end of their tour of the exhibition, to find themselves at the same point but having lived very distinct experiences. This, however, was very different. Not even the title, a cryptic "Te oimos beber", made it possible for me to work out what was hidden behind this proposal.

I forgot all about the subject until, at the end of the month, I received an email telling me that I had been selected. It also asked me which of the two proposed days suited me best and at what time. The message was signed by someone called Juan. No trace, already, of Alex.

Apart from the possibility of attending an act that was being performed for one spectator, I began to be aware that something else was happening, which, like time, is at times hard to describe. I began to realise that even though the piece had been planned for the end of May or beginning of June, in reality it had begun the day that I had responded to the first email. Each time I thought about it I was invaded by a strange sensation. I don't know, as if I was being played with, as if I had given them the wherewithal to do what ever they wanted with me. And now not just Alex. There was also this Juan, who I still couldn't put a face to. So there were two or more on the other side, pulling the strings of something that I didn't know about and that concerned me directly.

A month later I received another email asking me to confirm the day and the time. I responded to what they asked me and five days later they wrote again, informing me where I had to go. As well as what I had to do: follow Carmen at every moment, for approximately an hour, the amount of time the piece was meant to last. I forgot about Carmen. A detail, I discovered later, that was as clear and precise as it was vital for the denouement of the piece. However I didn't regret my stupidity. What is more, I introduced it into the story to the extent that it enabled the entrance of a character, who was going to communicate with me. By texts and who was called, of course, Juan.

I arrived at the anticipated place fifteen minutes early. And this is what happened: Juan sent a text, saying to return a little later, as to do it at that moment could be dangerous. I thought: there already seemed to be enough intrigue and now they are administering another dose! What have I got myself in to? What's going to happen (to me)? I knew only that it was too late to back out. I had to go through with it to the end. What will be will be. And another thing: I sensed that from that moment on, I was going to be observed. They would see what I was doing, without me being able to see them. So that at the same time as being invited to participate in something that was being done just for me, I had converted them into spectators of the work that Alex Reynolds had (also) conceived for one sole actor.

At the agreed time, as instructed, I approached the doorway and called at the indicated flat. The door opened, I went up in the lift and on arriving at the flat I see the door is open. I go in, say hello, nobody responds, I head towards the back of the flat, looking at everything as if it were an exhibition. I was looking for something that I wasn't going to find. Everything was normal, very normal. Except for one thing: the cable of the telephone on the table came from behind a door that was very firmly shut ...

With nothing to do, I sat down on the sofa, waiting for something to happen. I put the record player on to listen to the record that was on it: I think it was the soundtrack from Citizen Kane. It wasn't long before I

took it off. I tried one of the other records there: jazz music. Even though I knew I wasn't going to manage, I needed to try and feel at home or if nothing else in a familiar place. So I appropriated that place, by doing the only thing I could: choosing the music I wanted to listen to.

Realising that I had left the door open, I got up to shut it. Shortly afterwards, I heard the door open and someone enter. The first thing I saw was an amazing black dog followed by a person who, judging from the harness, I suspected was blind. Once inside the flat -her flat- she acted as if there was nobody else there. As if I was invisible... My greetings to her simply had no effect. Having dumped what she was carrying, she headed towards the bathroom; the only thing I could sense was the fixed stare of the dog sat at my feet. While she was in the bathroom, the telephone rang. She came out of the bathroom to answer it. Somewhat upset by the weird conversation that started up about a certain

Juan, the blind woman changed the music following the instructions given to her - there was no doubt about it: they were watching me - she picked up a map that she found in one of the drawers in the kitchen and having changed, left the flat to look for I don't know what. Before leaving, Carmen made sure to grab a revolver... And abandoned the flat leaving me inside, not knowing what to do.

Juan had to remind me, via a text, that I had to follow Carmen at all times. I went down to the street to join her and her dog. We traversed a few streets, when suddenly a taxi stopped and Carmen got in. After a while - and, once again, with the help, by text, of Juan reminding me what I had to do - I got into the same taxi. Before I had realised it we had left a district, which, even though I wasn't familiar with it, stopped being the scenario in which everything up until then had happened. Now the scenario had expanded to include the whole city; as well as the possibilities of what could happen...I felt that I was losing control of a situation that I had never controlled. I remembered that I was the subject of an action "made just for me". As well as an action represented by me.

Without warning, the taxi stopped at a corner. By the door where I was sitting a blind person got in, a friend of Carmen, with whom she struck up a conversation, that had a touch of melodrama when she mentioned the name of a character, who without having seen him, had already begun to be more than familiar: Juan. The conversation ended when Carmen insisted the other blind girl get down from the taxi and to follow through with some aim, of which I had no idea. The scenario changed once again, extending its reach beyond the limits of the city.

We left Barcelona by the ring road heading towards a place I had never been. The mere memory of what this place had been made me ask myself once again what was I doing there. In one of the most inhospitable parts of the city, close to the container loading dock, with nobody in sight, the taxi stopped, indicating to Carmen that she had arrived at the designated place. She got down, as I did, behind her. And like two halfwits, we were left standing there, Carmen and I one beside the other, waiting for someone or something to indicate what we should do. Waiting for instructions. As if out of nowhere, a character approached us who, even before he spoke, I had my doubts whether he was an actor or just an inhabitant of the area. Without a by your leave he began a sort of monologue about his psycho-morphological gifts, a form of wisdom, a science -he said- that studies the psyche through physiognomy. For his quasi lecture, to which - I confess - I paid little attention for fear that Carmen might abandon me there, he used photographs from newspapers and a way with words that more than one exhibition curator would covet. Engrossed in the long-winded soliloquy, the scenario I found myself in, beneath the bridge of the ring road and the image of Carmen and her dog waiting for I don't-know-what, Carmen's phone rang. On ending the conversation, I watched her head towards the train track with the aim of crossing it. It was then that I spotted on the other side of the track, three characters waiting: one in a car and two outside it. I abandoned the psycho-morphologist, sticking to Carmen like glue. I now was unable to forget that I had to follow her at all times.

On joining the group I found out that one of them was Juan (also blind) and that something had happened between the two of them, that judging from the tone of their voices, I didn't think was going to end well. And so was it. After a brief romantic re-encounter, with a touch of soap opera, things heated up and before the second blind man joined the couple, I heard shots that ended the lives of all of them. I couldn't believe what I had just witnessed. A toy murder in an inhospitable place. And with nobody to talk to about it! All on my own... until, without a by your leave, they got up from the floor, commented on the action, got into the car and having banned me from getting in, headed for the hills, leaving me alone under that bridge, with no idea about how to get back.

I did what anybody would have done: I retraced my steps. Half way along, a car braked right beside me and the driver, extremely agitated, told me to get in. In less time than it took for me to react, we were going at I have no idea what kind of speed. I only knew that if up until then I could have abandoned the project at any point, now I couldn't even get out of the car. Unless that is I wanted to die. The driver, the psycho-morphologist once again, spoke at the same speed as the car. He went on and on with his diatribe until he reached the back part of Drassanes and, suddenly cutting short his speech, told me to get out of the car. An offer I couldn't refuse. So I paid heed and got down from the car and watched him go.

And there I stayed, until half an hour later, without anybody passing by, or anybody saying anything to me, or Juan sending me a text, I thought perhaps that the time had come to abandon that place. For all that I

felt watched, it was no longer the same. Not the same play, nor the same film. It was just the normal flow of life. The protagonists, the people that passed by and maybe didn't understand why I looked at them in that special way. Or what I was doing leaning on such an anonymous and lost tree trunk as the one where they had left me.